

VIDA Y OBRA DE PEDRO FRANCISCO BONÓ
(1828-1906)*

*José G. Guerrero**

Pedro Francisco Bonó y Mejía es quizás el pensador más original de la República Dominicana. Nació en Santiago de los Caballeros el 18 de octubre de 1828 y falleció en San Francisco de Macorís el 15 de septiembre de 1906. Sus restos descansan en el Panteón Nacional desde 1988. Escribió en 1848 la primera novela dominicana, *El Montero*, la cual se publicó en 1856 en *El Correo de Ultramar*, periódico español editado en París. Este medio de prensa se leyó tanto en Santo Domingo después de la independencia, que *El Dominicano* lo menciona y Juan Antonio Alix le dedica varias décimas (1878).

Aunque Bonó no es el autor más prolijo del país, lo que escribió marcó pautas, dejó huellas, y aún hoy son muchas las lecturas posibles y los temas pendientes de aclaración sobre su obra. Cada escuela de pensamiento lo lee a su manera. Los marxistas lo encuentran marxista; los religiosos, religioso. Bonó no es nada

* Ponencia presentada en el IX Seminario sobre Historia Local: Pedro Francisco Bonó, a 100 años de su fallecimiento (9-9-2006)

* Historiador, Miembro de la Academia Dominicana de la Historia.

de eso, su pensamiento no se puede reducir a lecturas actualizadas fuera de contexto. Debo expresar un juicio personal al respecto: la primera vez que lo leí me fascinó; la segunda no me gustó; y la tercera, ni una cosa ni otra. La cuarta lectura habría de indicar un pensamiento en ciernes, complejo y hasta contradictorio y de múltiples lecturas. Sólo lecturas simples, superficiales y mistificadoras pueden señalarle como pensador de una línea o paradigma. Al contrario, es autor difícil, no apto para recetas, incómodo para clichés, y de los pocos que en el país enseña a pensar crítica y éticamente.

Las fuentes y el proceso de producción de sus conocimientos todavía no están explicados. Era soltero, solitario, autodidacta, masón, alejado de ambientes sociales y correrías políticas. Su gran biblioteca se quemó en dos ocasiones. La clave que descifra el pensamiento y obra de Bonó está en su vida. No es el intelecto que moldea su vida, sino a la inversa. Al contrario de los intelectuales de su época, es comerciante urbano que se ruraliza. Rechazó la candidatura a la presidencia en cuatro ocasiones. Para Pedro de San Miguel "su relativo retraimiento del poder y de la lucha por conquistarlo le permitieron asumir una postura crítica frente a sucesos, personajes y procesos" (1997: p.76). Él mismo decía "estoy colocado en un medio tan excelente para observar, que no lo cambiaré por todo el oro del mundo, porque creo que él solo es quien me inspira". Se preguntaba: "Yo en la presidencia, ¿Qué me espera? ...mucho dinero, lisonjas, la primera posición social, cañonazos, repiques de campana y festejos oficiales. Y mientras tanto imposibilitado de continuar la prédica que desvanece muchos errores" (en MARTÍNEZ, 1971: p. 75). El presidente Ulises Heureaux decía cuando lo visitaba, "Don Pedro, présteme su mecedora, para sentarme un rato en ella, para ver el país como usted lo ve" (en NADAL, 1991: p. 69). Ese observatorio desde el cual analizaba la sociedad dominicana no era un escritorio ni una biblioteca. Era la subjetividad autónoma auto-construida, una relación orgánica entre vida, obra y pensamiento. Ahí está la fuente de su originalidad: se aleja de la sociedad para verla en su conjunto con mayor autonomía y criticidad.

Olvidado, 'perseguido por muchos y desconocido por todos', Bonó se sintió asqueado de la sociedad, de la política y del clientelismo popular. Criticó a las clases dirigentes, pero también costumbres viciosas e infuncionales del pueblo. Fue restaurador, pero también el primer crítico de la Restauración. Vivió y murió decepcionado y con una única esperanza al final de su vida: Jesucristo. No le importaba el precio a pagar por su vida y posturas; al fin y al cabo el objeto de análisis no era ni siquiera la sociedad, sino él mismo: "Déjenme pobre y luchando con mi trabajo para probarme a mí mismo" (en NADAL, 1991: p. 71).

● Dominó el francés desde niño, gracias a su abuela materna que descendía de una rica familia francesa procedente de Saint-Domingue, el actual Haití. Solía afrancesar su apellido como Bonneau, Bonneau, Bonenaux, hasta que su padre le advirtió que era italiano y que su abuelo firmaba Bonó. Nació en la calle Del Sol, esquina San Luis, en Santiago de los Caballeros. Allí habitó hasta que en 1864, debido a circunstancias aciagas, tuvo que mudarse a la casa que su padre, el comerciante José Bonó, tenía en San Francisco de Macorís. Permanecería en este domicilio hasta el momento de su muerte. El hecho fue que se enfrentó a Gaspar Polanco, presidente del gobierno restaurador, por la decisión de pegarle fuego a Santiago —"el fuego liquidador"— y por el fusilamiento de Salcedo, hechos injustificados y realizados de manera inconsulta que pronosticaban crisis y anarquía, no revolución. Polanco no le fusiló debido a su prestigio. Juró entonces no volver a Santiago y separarse de la política mientras viviera.

● Fue abogado, político, legislador, economista, comerciante, agricultor, artesano, industrial, patriota, civilista, periodista, médico naturalista, boticario y alambiquero. Los intelectuales dominicanos le consideran el primer gran intelectual o sociólogo; sin embargo no era un intelectual académico, sino, como bien dice Eliseo Grullón, hombre de ideas prácticas. No se consideró intelectual, ni siquiera de vanguardia. Según él, tenía ideas más atrasadas que el lugar donde vivía. Su condición social le acercaba más al trabajador y al obrero (BONÓ, 1980: p. 252, 230). Criticó a los sabios de su época "entretenidos en cuestiones de detalles insignificantes". Murió como todo mortal, pero según su estilo. No

se cree que la muerte —la gran niveladora, como le llamó Eliseo Grullón en su panegírico— le hubiera sorprendido. Pues para él lo importante no era morir, sino vivir bien, libre y descansado. O acaso ¿no había afirmado que el objetivo de toda sociedad, tribu, Estado o familia, era la felicidad? La mayor crítica que le hace a los gobiernos del país —con vigencia actual— es que son incapaces de llevar la felicidad al pueblo aún realizando proyectos de progreso social.

Todavía hoy, en la conmemoración del centenario de su muerte (1906-2006), sigue siendo un autor ignorado. Esto se debe en parte a su personalidad y estilo de vida. Dijo de él Luperón que había asumido la vida aislada como una forma de crítica a la vida política del país (en BONÓ, 1984: p. 20). En 1880 afirma “vivo en una localidad de donde nunca salgo”. Esto no es totalmente verdadero, pues conocía bien los campos y caminos del Cibao, en especial Samaná, de la que llegó a describir sus ballenas. La crítica que hizo sobre el estado de los caminos y carreteras fue por conocimiento práctico. En sus escritos se encuentran excelentes descripciones geográficas del país, con excepción hecha del Sur, zona que parece no conoció.

De acuerdo a Rodríguez Demorizi, su editor, tan olvidado ha sido Bonó —por la inexcusable tardanza en la recopilación de sus escritos— que su nombre no aparece en obra tan completa como el Panorama histórico de la literatura dominicana (1945) de Max Henríquez Ureña, ni en los manuales de historia de nuestra literatura. Hubo de aguardarse el centenario de la Restauración, durante el gobierno democrático de Juan Bosch, para la recopilación y publicación de su obra, la cual estuvo a cargo del historiador y en aquel entonces presidente de la Academia Dominicana de la Historia. Fue así como en 1964 se publicó el título Papeles de Pedro F. Bonó. Para la historia de las ideas políticas en Santo Domingo. En tanto que la novela El Montero, localizada en 1966, fue reeditada en 1968 (la cronología de Papeles se equivoca al decir que se publicó en 1848, año en que sí la escribió). Rodríguez Demorizi y Vetilio Alfau habían venido trabajando con los textos de Bonó desde la década de 1950. ¿Por qué demoraron tanto tiempo las publicaciones? Por la naturaleza del autor. Bonó

no era grato a la dictadura de Trujillo, como tampoco lo es para democracias cosméticas.

Su caso no puede ser menos ambiguo. A pesar de su actitud anti-intelectualista, se le podría considerar en sentido estricto el primer pensador crítico y ético dominicano. Pensó lo dominicano desde múltiples planos sincrónicos y diacrónicos, y desde una perspectiva de vida muy lejana del ambiente social e intelectual. La relación tensa entre intelectualidad crítica y sociedad la expresó por primera vez en el fragor de la lucha contra Báez, la reforma constitucional de Moca y la Revolución liberal de 1857:

“Cuando las instituciones rigen a veinte generaciones sucesivas, se vuelven creencias y se identifican con las sociedades; sólo el hombre pensador puede sacudir el yugo de las que son erradas, mas, cuánto no debe luchar para hacer que el vulgo las sacuda.” (Ibídem, 1980: p. 84-85)

Bonó ha sido estudiado como politólogo, sociólogo o científico social. Pero habría que agregar de inmediato lo que advirtió Pedro de San Miguel: fue también escritor disidente (en GONZÁLEZ, 1994). Se apartó no sólo físicamente, sino también intelectualmente del ambiente social y político dominante. Con Bonó apareció por primera vez el pueblo o las clases populares —ligados al trabajo del campo— como categorías de la historia dominicana:

“Pero si se estudia con detenimiento y por partes a este mismo pueblo tan ardiente y agitado, previa abstracción de los políticos de profesión y de los codiciosos del presupuesto, se notará en todas las clases elementos de culminante vitalidad, propensión decidida al progreso, y además un trabajo latente de orden y organización. El dominicano es gran trabajador..., sólo le falta que medidas insensatas no obstruyan de continuo la legítima aspiración de su trabajo, que lo dejen mover a sus anchas en sus faenas, y que sus ahorros no los esparzan a todos vientos los ardientes partidarios del progreso a todo trance” (BONÓ, 1980: p. 191)

Bonó llega a ver el sincretismo racial y cultural del pueblo domi-

nicano como el motivo de las mejores esperanzas para un lugar privilegiado en la humanidad en un futuro lejano; pero también una posible razón de sus principales obstáculos como comunidad a corto y mediano plazo al dificultar la fructífera organización política:

“Nuestro pueblo... tiene prendas relevantísimas individuales, es bravo, audaz, es bondadoso, hospitalario, sencillo, trabajador, inteligente, emprendedor. Separadamente, individuo por individuo, es de lo mejor que hay en el mundo, pero tomado colectivamente es casi inútil; no tiene la sociedad dominicana esa cohesión indispensable de toda agrupación humana que quiere ser definitivamente independiente, dueña absoluta de sus destinos. El fondo de nuestro carácter nacional lo constituye el particularismo, el individualismo...” (Ibídem, p. 393)

“... con una civilización incipiente que la hace propia para amalgamarse con cualquiera civilización o barbarie más completa, está más expuesta que ninguna otra a recibir las influencias e impulsos que otra nación europea o americana, de algunas fuerzas, quiera imponerle. Su patriotismo sin color propio, aunque probado repetidas veces, no tiene el sello legítimo que da a una Nación la confianza de sí misma y las pruebas que ha podido y sabido dar en su constitución y arreglo interior. Se la ha visto ensayar todos los géneros posibles de forma política, sin conseguir otro resultado que el de un despotismo puro, disfrazado bajo el manto de la democracia, y esta ambigüedad o duplicidad la ha mantenido desde su nacimiento, en un estado de debilidad siempre creciente, y con el sello de pueblo impotente para encontrar el asiento fijo de los elementos de que se debe componer su nacionalidad.” (Ibídem, p. 338)

Se expresó en contra de los juegos de azar; de las galleras, a las que llamó al igual que Espaillat academias de la vagancia; de la abundancia de días festivos y hasta de los convites. Consideró al “vulgo” pasivo, por las creencias y hábitos heredados de la dominación española. El atraso económico y social del país

afecta a las clases superiores e inferiores, produce un país sin vocación para la democracia, carente de virtud política (Ibídem, 1980: p. 518).

Raymundo González le llama el intelectual de los pobres (1994). Según este autor, en la República Dominicana se ha construido un concepto de Estado al margen de los sectores populares y su cultura. Aún en la actualidad, las investigaciones históricas en el país apenas se han preocupado de estudiar las ideas e idiosincrasia del pueblo y sus reflejos intelectuales, dejando a un lado el problema de las clases pobres y su pensar en la conformación nacional. Para el autor, el pensamiento de Bonó es excepcional y tiene enorme trascendencia a ese respecto, si bien no existen estudios sobre el desarrollo y los aportes del mismo (1994: p. 82, 85). Pero más que intelectual de los pobres, fue el intelectual de la pequeña producción mercantil simple que lucha en contra del avance del capitalismo latifundista. Los campesinos y comerciantes tabaqueros del Cibao no eran pobres, sino la capa más rica de la pequeña burguesía. No era un defensor de las clases trabajadoras, sino de un sector de éstas: el del pequeño propietario o productor, campesino dueño de un pequeño fundo que cultiva con trabajo suyo y de su familia; el de los jornaleros, recueros, artesanos, pequeños hateros y labriegos de sitios comuneros, los peones. Contrario a lo que muchos marxistas piensan, Bonó consideró la proletarianización como atraso y fuente de pobreza para la sociedad. ¿Quiénes eran los proletarios en su época? Mayoritariamente braceros de origen extranjero, cocolos y haitianos. De éstos decía que de continuar su flujo por el Sur, convertirían esta región en territorio haitiano. Por eso le advirtió a su amigo y prócer Gregorio Luperón, cuando se embarcó en la ideología del progreso y se vinculó con los intereses del azúcar y la producción para la exportación, que era necesario defender al peón -no al trabajador proletario- porque éste era quien había hecho la Patria. De todas maneras se llamó a sí mismo "trabajador, obrero, el trabajo es mi caballo de batalla".

Bonó no fue tomado como ejemplo por sus contemporáneos ni por los pensadores del siglo XX. Según Pedro de San Miguel, lejos de continuar su tradición intelectual, esto es, asumir el análisis

histórico desde las estructuras sociales o la vida cotidiana, los intelectuales dominicanos regresaron a las principales líneas interpretativas iniciadas por Sánchez Valverde en el siglo XVIII (1997: p. 44). Con ello no sólo dieron la espalda a Bonó y al necesario nuevo modo de ver las cosas, sino también al pensamiento progresista latinoamericano. Y es que en la mayoría de los países de Latinoamérica y El Caribe comenzaron a ser reevaluados, entre 1920 y 1930, los aportes de los sectores populares – en especial los de origen afroamericano e indoamericano- a la formación de las sociedades del continente. Si, por un lado, surgieron concepciones que recusaban los elementos no blancos y extraños a la cultura occidental de las sociedades americanas, por el otro surgieron corrientes intelectuales que reivindicaron sus troncos indígenas y africanos. Tal tipo de reconocimiento desembocó en los movimientos culturales y políticos de la negritud y el indigenismo” (ibídem, p. 105). Bonó comprendió que la convivencia de clases y grupos sociales a que obligó la pobreza generalizada imperante desde los inicios de la colonia había forjado una nación basada en un cosmopolitismo socio-racial que era esencialmente distinto y opuesto al exclusivismo haitiano. La formación social multicultural del país, predominantemente mulata, lo convierte en el asiento propicio para desarrollar el movimiento antillanista promovido por Betances, Hostos, Martí y otros.

El uso de categorías como capital, trabajo asalariado, proletariado y clases trabajadoras han hecho pensar a muchos autores que Bonó conocía algunos trabajos de Carlos Marx, como El manifiesto comunista (1848), Trabajo asalariado y capital (1849), Contribución a la crítica de la economía política (1859) o El Capital (1867). En su obra parecen encontrar eco ideas marxistas como: “Las relaciones jurídicas y las formas políticas no pueden comprenderse por sí mismas, sino que hunden sus raíces en las condiciones de la vida material. Estas condicionan el proceso social, político e intelectual de la vida”. (CAZENEUVE, 1985: p. 244). Esto amerita un estudio especial, pues es difícil determinar la exacta medida de una posible influencia marxista. Seguramente mayor influencia debió tener del positivismo, cuya escuela iniciada por Augusto Comte repercutió fuertemente en la política y la educación de América Latina, incluyendo a la República Dominicana.

Con Augusto Comte (1753-1857) surge la noción de una ciencia positiva de los hechos sociales. Utilizando las mismas palabras de Saint-Simon, la llamó al principio física social. En 1838 propuso el neologismo sociología para el estudio de las leyes de los fenómenos sociales no deducibles del individuo (CAZENEUVE & VICTOROFF, 1985: p. 241-242). Hasta entonces los filósofos y escritores políticos, más que estudiar objetivamente la sociedad real, la describen tal como, según ellos, debería ser. Si Bonó fue sociólogo o científico al estudiar la realidad social, también fue filósofo al proponer reformas y normas ideales para la sociedad y el Estado. En efecto, trató la sociedad dominicana de su tiempo, diagnosticó los principales problemas u obstáculos que enfrentaba su desarrollo, los contextualizó en el pasado para seguir su trayectoria en el presente de su época, presentó al público o lector sus tesis, hipótesis y argumentos, y propuso algunas soluciones. Estudió por qué la sociedad dominicana era como era y planteó cómo debería ser. Bonó parece seguir la distinción de los dos estudios sociales de Comte: la estática social o estudio de las condiciones de existencia de la sociedad, y la dinámica social o estudio de las leyes de su movimiento continuo. La primera implica una teoría del orden; la segunda una teoría del progreso, término éste último que no se emplea en el sentido de perfeccionamiento, sino en el de desarrollo "sin ninguna apreciación moral" (Ibídem, p. 249).

Bonó se presenta, más que abanderado a toda costa del progreso, en su más agudo crítico. Del organicismo de H. Spencer (1820-1903) quizás tomó la dicotomía de las sociedades militares e industriales. La evolución social haría pasar de un tipo a otro en función de los períodos de paz o de guerra. La ausencia de guerra favorece la tendencia natural de las sociedades a convertirse en industriales, la guerra anula esta revolución en beneficio de una contrarrevolución (CAZENEUVE & VICTOROFF, 1985: p. 492). Ya en uno de sus primeros escritos de 1857, Bonó considera como una de las mayores trabas al desarrollo creadas por el Gobierno "el ejército permanente céntuplo de lo que el país comporta. Sobre una población de doscientos mil habitantes muy pobres se creó un cuerpo de consumidores de seis a siete mil hombres, la flor de la población en fuerzas y aptitudes al trabajo".

(BONÓ, 1984: p. 95). Como medida propuso la licencia de este ejército; en cambio favoreció una marina fuerte capaz de disuadir el expansionismo haitiano. En 1884 consideró muy positiva la situación para el gobierno del Partido Azul, dada la desaparición de los “caudillos de revuelta” y la anarquía que vivía Haití y paralizaba sus planes agresivos:

“...una combinación feliz, de gran habilidad, que le ha permitido con enorme desgaste de energías y de caudales, mantener la paz pública. Esta favorable posición, a menos de faltas graves de sus jefes, les dará por largo tiempo la dirección de los negocios públicos...” (Ibídem, p. 275-276)

“...pero no será durable si no se asienta en las bases inquebrantables que en todos los tiempos y en todas las naciones se ha asentado; es decir: en la felicidad general que imprime en el espíritu de los ciudadanos el convencimiento íntimo de que gozan de todos los bienes relativos que a su gobierno les es dable proporcionarles. El buscar, hallar y dar elementos de esta felicidad es la misión del Gobierno, es el problema que tiene que resolver cada día, cada hora...” (Ibídem, p. 277)

En su defensa de los alambiqueros en 1900, Bonó lanza una crítica demoledora a conceptos utilizados por Herbert Spencer; denuncia el progreso capitalista y su propaganda ideológica como uno de los males que afligen a la humanidad: “pues un fantasma envuelto en palabras sonoras y al parecer justas, tales como: el progreso se impone, el mundo marcha, el combate por la vida; con otras mil más pomposas y más huecas pronunciadas por los interesados, cubre con sus espantosos ruidos los lamentos de los infelices aplastados”. Y afirma a seguidas que ese denominado progreso es una “teoría mal estudiada y peor comprendida” (Ibídem, p. 414). Hacía esta reflexión para criticar la medida del Ayuntamiento de colocar un impuesto abusivo a las bebidas alcohólicas producidas en alambiques, y cuyas rentas servirían para “adornar los pequeños centros urbanos que poseemos con todas las galas de las ciudades ricas y florecientes —parques, estatuas, catedrales, cenotafios, mercados, alumbrados, palacios, músi-

cas, serenos, etc.— y todo esto, la mayor parte sin necesidad...”. Rechazó la medida tomada “so pretexto de moralidad”, y advirtió que no iba lograr sus fines de controlar la bebida. En lo que puede calificarse de un argumento plenamente contemporáneo, dice:

“Se beberá siempre, constitúyanse o no sociedades particulares o congresales de temperancia, como desde Noé hasta la fecha se ha bebido, todo alcohol que cualquier sustancia o procedimiento produzca [y a continuación muestra su gran conocimiento sobre bebidas alcohólicas nacionales y extranjeras]: vino, cerveza, aguardiente de uvas, de cañas, de papas, de granos, pulque, whisky, sambumbia, etc. Sólo sí que se habrá destruido el vuelo de la pequeña industria nacional (de la grande en el país no hablamos), la que sirve para usos inocentes e imprescindibles como azúcar y meladura, dulces y confites y se dará vida en descubierto, a la privilegiada y a la extranjera que satisfará una necesidad, tal vez sospechada, como todas las necesidades del hombre, según bajo el punto de vista que se vea, pero que es una necesidad, contra la cual nada hasta hoy ha podido ni menos la coacción ni la tributación” (Ibídem, p. 414-415).

La defensa de la producción local y artesanal del romo era para Bonó un asunto de equidad, de ciencia, de patriotismo y dominicanidad. En este sentido, vale recordar que Gerald Murray estima que en el país se consumen nueve botellas de ron, whisky o cerveza por cada botella de leche (1996: p. 228). Por supuesto, nada tiene esto que ver con el objetivo de Bonó al defender a los alambiqueros.

Los jesuitas y su centro de investigación toman a Bonó como estandarte de su institución por sus aportes a la investigación social y, posiblemente, por sus convicciones religiosas y su defensa de la Iglesia contra la educación hostosiana. Su gran religiosidad se deduce por una carta escrita al padre Meriño el 31 de diciembre de 1903, donde confiesa: “Nada he encontrado que me satisfaga por completo: sólo Jesucristo” (BONÓ, 1980: p. 14). Pero habría que establecer qué aspectos de Jesucristo le satisfacían:

sin duda, la vida humilde, la del carpintero que se retira al desierto y muere casi solo en la cruz.

En verdad estas afirmaciones constituyen apenas aproximaciones al pensamiento, vida y obra de Bonó. La complejidad de las relaciones entre su vida y su pensamiento son reacias a clasificaciones simples. Decir que era sociólogo, en su sentido académico strictu sensu, más que sumar le resta valor a sus contribuciones. La ponderación de su sociología —excepto si es vista como Marx, Durkheim y Weber analizan lo social, como una totalidad— hace olvidar sus facetas de comerciante, estadígrafo, abogado, político, geógrafo, literato, masón, etnógrafo de la vida cotidiana, médico naturalista, boticario y alambiquero.

Bonó no fue ningún comunista o santo como muchos quieren verlo. Defendió la teoría del liberalismo con su separación de poderes, el desarrollo de la riqueza, la libertad de comercio y libre competencia del capital y del trabajo, y en ningún momento habló a favor, ni siquiera mencionó la palabra revolución; cuando lo hizo —al igual que Luperón— fue para referirse de manera despectiva a la lucha armada, anarquizante y fratricida, cáncer que consideró necesario extirpar. Ciertamente, Luperón fue más explícito en su rechazo al socialismo, considerándolo sinónimo de anarquismo y terrorismo.

Asimismo, Bonó fue crítico de la educación moderna y racionalista introducida por Eugenio María de Hostos a partir de 1875, si bien no llegó al colmo de considerarla, como el padre Billini, la causa de la delincuencia de la época. A pesar de ello, Hostos le tributó grandes elogios, y ambos compartieron en 1884 la crítica más importante que se le hiciera a la ideología del progreso del capitalismo, que entraba al país a través de los rieles del ferrocarril y de la industria azucarera. Siguiendo esa línea, Bonó se opuso a la construcción del ferrocarril, a la creación de una banda de música y hasta al ornato de calles y parques, como pudimos ver. Criticó la educación universitaria que, separada del trabajo, producía parásitos inútiles que sólo sabían engrosar el presupuesto de las instituciones. Su visión liberal y patriótica hasta tuvo sus manchas: no sólo apareció su nombre en la lista en

pro de la Anexión a Estados Unidos durante el gobierno de Báez, sino también en la cesión o arrendamiento de Samaná. Raymundo González —en su conferencia sobre el tema— rechazó como ilógico y anacrónico el primer punto, pero no así el segundo. De todas maneras, ¿cómo es que siendo Luperón enemigo tan consecuente de la anexión del país o de alguna de su geografía, nunca le escribiera a Bonó una carta criticándole su actitud, y en cambio le propusiera en 1884 la Presidencia de la República? Algunos historiadores le consideran poco crítico con la dictadura de Lilís y hasta connivente al aceptarle una imprenta. ¿Y qué?, ¿no fue Lilís hijo político de Luperón? Gracias a Bonó, Lilís evitó que Luperón muriese de cáncer en la garganta en una isla del Caribe. Quizás se puedan encontrar insumos adicionales para entender la relación entre esas tres figuras de nuestra historia en el libro que Juan Francisco Almánzar contempla publicar.

La pregunta básica es ¿qué es lo que impresiona, de dónde se deriva la vigencia extraordinaria del pensamiento de Bonó? A nuestro entender son tres aspectos básicos: 1-su crítica implacable de la práctica política clientelista y extorsionadora del pueblo; 2-su postura ética de renunciar a los beneficios de ésta, incluyendo la de ser candidato y seguro presidente del país; y 3-su estilo de vida y su relación crítica con la vida cotidiana y la cultura popular de la nación.

El pensamiento de Bonó es fundamental para estudiar la transición de la sociedad dominicana hacia la modernidad, nunca acabada o completada. Sin dudas fue la máxima inspiración de la obra de Harry Hoetink, *El pueblo dominicano; 1850-1900*. Apuntes para su sociología histórica, publicada en 1971; libro clave y pionero en la interpretación social de la historia dominicana y la vida cotidiana. En ella tres son los autores más citados: Lilís, Hostos y Bonó. El primero, por ser el político cuyo gobierno tuvo el mayor impacto en la modernidad del país de finales del siglo XIX; el segundo, por introducir el sistema educativo más innovador hasta el momento; y el tercero, por ser el intelectual o pensador más original y crítico de la sociedad y del Estado de esa época.

Si bien se ha reivindicado al Bonó sociólogo y politólogo, toda-

vía falta por descubrir el Bonó antropólogo e historiador de la vida cotidiana. En realidad, no se justifica en la actualidad la separación de estas disciplinas. Él las manejó indistintamente, tanto se adelantó a su tiempo que aún hoy nos supera. Es muy reveladora la carta que envió a su hermana cuando pisó por primera vez a Europa: "He caminado tanto las calles de París, que me han salido dos juanetes". Aquí visitó los museos, bibliotecas, edificios y parques, pero también realizó una investigación minuciosa de gran interés para su vida y ocupación tardía. Se trata de la compra de dos alambiques para producir alcohol: uno para el pueblo y el otro para su consumo propio.

Bonó es ejemplo de integridad ética, intelectual auténtico y original, un ser humano sin igual. He ahí la clave de su actualidad.

Bibliografía

BONÓ, PEDRO FRANCISCO (1980), *Papeles de Pedro F. Bonó. Para la historia de las ideas políticas de Santo Domingo*, Barcelona, Academia Dominicana de la Historia, 2da edición.

----- (1968), *El Montero*, Santo Domingo, Julio D. Postigo Editores.

CAZENEUVE, JEAN, DAVID VICTOROFF (1985), *Sociología*, Bilbao, Ediciones Mensajero.

HOETINK, HARRY (1997), *El pueblo dominicano: 1850-1900. Apuntes para su sociología histórica*, Santo Domingo, Librería La Trinitaria.

GONZÁLEZ, RAYMUNDO (1994), *Bonó, un intelectual de los pobres*, Santo Domingo, Centro de Estudios Sociales Padre Juan Montalvo.

GUERRA, JUAN I (1983), "Concepción antropológica-fisiológica de Pedro Francisco Bonó", en *Eme-Eme*, V. 64, pp. 33-76, Santo Domingo.

MARTÍNEZ, RUFINO (1971), *Diccionario biográfico-político dominicano*, Santo Domingo, Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD).

MURRAY, GERARLD F (1996), *El colmado. Una exploración antropológica del negocio de comidas y bebidas en la República Dominicana*, Santo Domingo, FONDOMICRO.

NADAL, PABLO (1991), *Bonó. Ciudadano dominicano*, Santo Domingo, Editora Taller.

PERALTA, FREDDY (1977), "La sociedad dominicana vista por Pedro Francisco Bonó", en *Eme-Eme*, V.29, pp.13-54.

SAN MIGUEL, PEDRO L. (1997), *La isla imaginada: historia, identidad y utopía en La Española*. San Juan – Santo Domingo, Isla Negra / La Trinitaria.